De don Quijote y Sancho, y de su encuentro con un caballero granadino, y de la búsqueda de identidad de todos estos personajes

Juan PAREDES
Universidad de Granada, España

Abstract: If Avellaneda had not published the apocryphal second part of *Don Quijote de la Mancha*, Cervantes, in all likelihood, would not have written the authentic one or this one would have been radically different. In the introduction to the Second Part, which records the third expedition of Don Quixote, the author is railing against a false author who has published a false sequel to the First Part of *Don Quixote*. It is precisely this false book and its consequent play of mirrors, in which true and false characters will move, that gives the second part of the immortal work its actual meaning.
Keywords: *Cervantes, Don Quijote, Avellaneda, apocryphal Quijote, true/false characters.*

Ni por asomo pudo nunca imaginar Avellaneda el papel tan relevante que su decisión de escribir su *Quijote* apócrifoiba a tener en la historia de la literatura. Porque seguramente entonces Cervantes no hubiese escrito la auténtica segunda parte de la historia de su inmortal personaje o, cuando menos, ésta, de haberse escrito, no hubiese sido la misma.

Al final delcapítulo LII de la primera parte ama y sobrina manifiestan su temor de quedarse de nuevo sin su amo y tío en el mismo punto en que éste experiment ase alguna mejoría: "y sí fue como ellas se lo imaginaron", sentencia con rotundidad el autor. Pero, de inmediato, precisa que a pesar de la diligencia con que ha buscado la noticia de los hechos que don Quijote realizó en su tercera salida no ha podido encontrar ningún documento fide digno. Sólo la fama de su personaje ha guardado en las memorias de la Mancha el recuerdo de su viaje a Zaragoza, donde participó en unas famosas justas y donde "le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento". También afirma no haber podido averiguar nada de "su fin y acabamiento", palabras que parecen confirmar su decisión de dar por acabada la historia de manera definitiva, sin la más mínima intención de seguir escribiendo sobre su personaje. Lo mismo que los epitafios sobre don Quijote, Dulcinea, Rocinante y Sancho Panza, contenidos en unos manuscritos "escritos con letras góticas", que se encontraron en una caja de plomo[1] que un médico tenía en su poder, y que ahora se transcriben al final de esta primera parte como prueba también de esta firme decisión. El autor confiesa también que el resto de los versos manuscritos encontrados, que no pudieron leerse, fueron entregados a un académico "para que por conjetura los declarase",

[1] Posible alusión a los falsos libros plúmbeos encontrados en el Sacromonte granadino.

BDD-A26613 © 2016 Editura Universităţii din Suceava
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-14 00:02:14 UTC)

y que tiene noticia que lo ha hecho y que tiene intención de sacarlos a luz. Y termina su obra con un verso procedente del Orlando furioso: "Forse altro canterà con miglior plectro", que parece dejar el tema definitivamente zanjado, manifestando su intención, a pesar de lo manifestado en el prólogo a las *Novelas ejemplares*, de no proseguir una obra, tan acabada como los epitafios que la cierran.

Sin embargo Alonso Fernández de Avellaneda parece que interpretó la licencia literaria "Tal vez otro cantará con mejor plectro" al pie de la letra, y compuso la continuación de la historia, obligando así a Cervantes a escribir la segunda parte verdadera, en cuyo prólogo, a través de un lector-personaje interpuesto, se dirige al apócrifo autor precisando, con ironía, que no se siente agraviado porque conoce bien las tentaciones del demonio, "y que una de las mayores es ponerle a un hombre en el entendimiento que puede componer e imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros y tantos dineros cuanta fama", y al lector reivindicando la autenticidad de su obra y su decisión de dejar definitivamente a don Quijote "muerto y sepultado", para que nadie se atreva a levantarle nuevos testimonios falsos:

> Y no le digas más, ni yo quiero decirte más a ti, sino advertirte que consideres que esta segunda parte de *Don Quijote* que te ofrezco es cortada del mismo artífice y del mesmo paño que la primera, y que en ella te doy a don Quijote dilatado, y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreva a levantarle nuevos testimonios, pues bastan los pasados y basta también que un hombre honrado haya dado noticia destas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en ellas: que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen, y la carestía, aun de las malas, se estima en algo (Cervantes, 1998, II, 621).

La presencia del texto apócrifo se deja sentir también en el verdadero, particularmente a partir del capítulo LIX, aunque probablemente también produciría algunos cambios en los capítulos anteriores.

Por lo pronto, contrariando las noticias guardas en las memorias, don Quijote no va a ir a las justas de Zaragoza, ciudad donde, al parecer, le ocurrieron cosas de tan gran valor y entendimiento, y va a dirigir sus pasos por el contrario a Barcelona, ciudad en la que va a tener la oportunidad de encontrar el falso texto, con el que, según Altisidora, los diablos juegan a la pelota en el infierno (Paredes, 2007 y 2015a, 645-652).

La primera mención concreta al texto de Avellaneda se va a producir precisamente en el capítulo LIX de la segunda parte, cuando don Quijote se dispone a asistir a las justas del arnés en Zaragoza, pero los acontecimientos le van hacer cambiar de opinión. Aquí, dos personajes, don Jerónimo y don Juan, están leyendo el texto apócrifo, detectando al mismo tiempo, y además con criterios estrictamente literarios, su propia falsedad:

> -¿Para qué quiere vuestra merced, señor don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leído la primera parte de la historia de Don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda? (II, 59, 1111).

La mención a Dulcinea que a continuación se realiza hace intervenir de manera desaforada a don Quijote, que en el texto apócrifo aparece como el "Caballero Desamorado". Y es la misma certeza de la falsedad de la continuación apócrifa la que certifica de inmediato la autenticidad del verdadero don Quijote:

BDD-A26613 © 2016 Editura Universităţii din Suceava
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-14 00:02:14 UTC)

> Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia: sin duda vos, señor, sois el verdadero don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, a despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro que aquí os entrego (II, 59, 1111-1112).

Don Quijote no quiere leer el falso libro. No puede leerlo. Ello implicaría otorgarle una realidad literaria que él no quiere darle. Sin embargo ese "poco que he visto"[2] y esas "palabras que he leído en el prólogo", que apenas atisba en ese rápido acercamiento al texto que acaban de entregarle, estan remitiendo directamente no ya a Don Quijote sino al propio Cervantes. La invención literaria del falso Quijote va a intervenir no sólo en el mundo de ficción del auténtico Quijote sino en la mismísima vida de Cervantes. Es entonces cuando el autor se siente en la necesidad de rebatir la falsa realidad para negarla pero, paradójicamente, al hacerlo le está dando una nueva realidad, mucho más contundente. Incorporando a los personajes falsos del apócrifo de Avellaneda Cervantes les estaba confiriendo su auténtica realidad (Suárez, 1953, 48-50). De este modo lesestaba otorgando carta de naturaleza y certificabaal mismo tiempo la realidad de la ficción (Wilhelmsen, 1980, 73-85). Cervantes era plenamente consciente de ello, pero no tenía más remedio que infundir vida a los falsos Don Quijote y Sancho para que los verdaderos pudieran enfrentarse a ellos (Lathrop, 1985, 213-217). La polémica con Avellaneda, presente de manera tan palpable en el desarrollo narrativo de la segunda parte del *Quijote*le ofrecía la oportunidad, no sólo de realizar algunas apreciaciones despectivas, sino de caracterizar diferencialmente a su verdadero Don Quijote (Segre, 1974, 185).

El juego de intertextualidadesalcanza en su máximo grado con la propia intertextualidad del texto en el texto. El texto apócrifo entra en el texto verdadero para autentificar a los personajes y con ello al mismo texto. El encuentro de los entes de ficción don Quijote y Sancho Panza con los lectores, también ficticios, de otros ficticios, pero ahora además falsos, don Quijote y Sancho Panza y, lo que es aún más sorprendente si cabe, con el también ficticio y falso libro en el que, confrontados con el real, todos toman realidad literaria se va a convertir en un juego de espejos en el que realidad y ficción literarias alcanzan su auténtico significado.

Pero esta "construcción en espiral" (Segre, 1974, 185), el continuo trasiego de personajes en busca de su propia identidad que además pretenden dar fe de la verdad literaria se va a complicar aún más con la presencia de otro nuevo fedatario, en este caso traído del texto falso al verdadero, en una pirueta literaria de consecuencias imprevistas para la propia identidad del personaje.

Se trata de Álvaro Tarfe (Paredes, 2009, 343-351), un caballero granadino que ahora, en el capítulo LXXII de la segunda parte verdadera, se encamina hacia Granada, pero viene del texto apócrifo, donde precisamente acaba de dejar al falso Don Quijote en el manicomio de Toledo, dando con ello fin a la historia de Avellaneda.

Apenas don Quijote escucha su nombre,recuerda de inmediato haberlo leído en la simple ojeada,mucho más generosa de lo que al autor le gustaría confesar, que dio al texto apócrifo. Porque hay que tener en cuenta que Cervantes no se ha limitado simplemente al

[2] En esto poco que he visto he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehensión. La primera es algunas palabras que he leído en el prólogo; la otra, que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos, y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia, porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza mi escudero se llama Mari Gutiérrez y no llama tal, sino Teresa Panza: y quien en esta parte tan principal yerra, bien podrá temer que yerra en todas las demás de la historia.

BDD-A26613 © 2016 Editura Universităţii din Suceava
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-14 00:02:14 UTC)

rapto de este personaje sino que, en un alarde de intertextualidad llevada al límite, ha introducido,como hemos visto en el encuentro con los lectores ficcionales del capítulo LIX, también en el texto verdadero el texto falso. Y la pirueta intextextualtiene consecuencias, ya irrefrenables.

Porque ahora el verdadero don Quijote quiere que don Álvaro de testimonio fehaciente de que él es el auténtico Don Quijote y no el otro impreso en la Segunda Parte de Avellaneda, de donde viene precisamente el personaje fedatario:

> Entró acaso el alcalde del pueblo en el mesón, con un escribano, ante el cual alcalde pidió don Quijote, por una petición, de que a su derecho convenía de que don Álvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced como no conocía don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada *Segunda parte de don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal Avellaneda, natural de Tordesillas. Finalmente, el alcalde proveyó jurídicamente; la declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales caos debían hacerse, con lo que quedaron don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración y no mostrara claro la diferencia de los dos don Quijotes y de los dos Sanchos sus obras y sus palabras (II, 72, 1208).

Álvaro Tarfe se inserta de esta manera en esa espiral del juego refractario de espejos en la que va a dar fe de la realidad de un personaje, don Quijote, al que el autor ha dado vida, que a su vez se va a ser capaz de crear a otro autor, CideHameteBenengeli, que va a servir servirá de fuente al autor primitivo, Cervantes, para escribir una obra, que otro nuevo autor se va a encargar de continuar de forma podemos decir fraudulenta, inventando unos falsos Don Quijote y Sancho Panza, que además van a entrar en la Segunda Parte verdadera, del autor verdadero.

Sin embargo, la auténtica peripecia de este personaje comenzaba precisamente ahora cuando, cumplida su función de fedatario, don Quijote y don Álvaro se despiden, amigos, al borde del camino, pues al testificar la autenticidad del verdadero don Quijote estaba negando, sin saberlo, la suya propia. Al negar la realidad del texto de Avellaneda, negaba también su propia existencia. Y así lo declara en el "Fragmento de sus memorias inéditas":

> Por otra paradoja, aún más confusa y martirizante, empezó a asediarme [...] Si los verdaderos don Quijote y Sancho fueron recogidos en el libro de Cervantes, mientras quedaban como imitadores y farsantes aquellos hombres con sus nombres en el de Avellaneda, ¿quién sería entonces el inequívoco Álvaro Tarfe? [...] Y de fijo cambiado llevaría el seso, cuando di en dudar de mi existencia. Una y otra vez, al hilo de años interminables, me preguntaba a todas horas si habría en verdad un don Álvaro Tarfe y no se reduciría mi vida real a sus versiones virtuales en dos consejas: la genuina de Cervantes y la apócrifa de Avellaneda. En otras palabras, si no fuera yo un espectro –o, por mejor decirlo, un vacío humano- sardónicamente repetido en un par de espejos: uno falso y el otro cierto, puestos a acrecentar la ironía de mi ambigua situación [...] Si mi legítima vida se encerraba entre las guardas de dos libros, mi sombra en el mundo dudaría tanto como perdurasen aquellas novelas y en sus páginas el nombre de don Álvaro Tarfe (Rojas, 1990 y Castell, 1995, 801-808).

> Y es que Álvaro Tarfe tenía centrada toda su existencia en la intersección de dos textos, de cuya pervivencia dependía la propia suya. Su ambigua identidad venía definida por esta intersección que ahora se hacía necesario multiplicar para garantizar su propia existencia. Por eso intenta buscarse a sí mismo, releyéndose en todos los Quijotes falsos y

BDD-A26613 © 2016 Editura Universităţii din Suceava
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-14 00:02:14 UTC)

> verdaderos que caen en sus manos. Y así lo vamos a encontrar de nuevo en otro texto, que viene a completar al cervantino donde no aparece de forma explícita su declaración de veracidad de los auténticos don Quijote y Sancho, en el lo encontramos ahora internado, también con don Quijote, en el Hospital del Nuncio, donde lo dejó el apócrifo de Avellaneda, aquejado de la locura literaria de sentirse "inventado" o "reinventado", y releyéndose en las páginas de apócrifos y auténticos *Quijotes*:
>
> No atino, en la cortedad de mi sentido, a comprender tanto deseo con trajinar con mi persona [...] Porque si, como es costumbre de los novelistas el inventar las historias que nos cuentan, ¿no he de pensar yo que todo ha sido pura invención y filfa? Y que quizá lo que han hecho con mi persona no ha sido más que inventar o reinventarme o reinventariarme. Porque, digo yo, que si Avellaneda quiso que yo participase en la historia de Don Quijote, ¿por qué el tal Cervantes no me dejó tranquilo en las páginas de aquel libro? Hoy, en la contemplación de este retiro, sé que Avellaneda no dijo la verdad en su nombre [...] ¿Y a mí qué se me da? Si a mí me parece que lo que viví y luego leí fue verdadero (Lama, 1993, 163-164).

Se trata de un personaje en busca de autor, que es también la busca de su propia realidad literaria. Su identidad ya había quedado manifiesta por el autor del "Fragmento de las memorias inéditas de don Álvaro Tarfe", cuando Don Quijote y Sancho se enfrentan con su autor y, conocedores de las intenciones de Avellaneda, le reclaman la redacción de la segunda parte verdadera. Es entonces cuando Cervantes recrea la posibilidad de un encuentro entre los dos héroes, el verdadero y el falso, del que finalmente desiste, sustituyéndolo por el que se produce con don Álvaro Tarfe (Rojas, 1990 y Castell, 1995, 801-808).

Desde esta perspectiva, la atracción del personaje no tenía desperdicio. Francisco Ayala rescata su figura para, siguiendo con el juego cervantino, hacerle asistir como lector a la verdadera historia de don Quijote, en la que él colaboró con un papel tan principal.

Y lo imagina entrando en Granada, por la Puerta de Elvira, camino de su casa, que él también piensa espaciosa, con un patio a la entrada y otro dentro, con una fuente,y rodeado de su familia y de sus amigos, algunos ilustres poetas como Luis Carrillo y Sotomayor, otros pintores como Pedro de Raxis y Juan de Aragón o fray Juan Sánchez Cotán, y algún otro médico y poeta como Agustín Collado del Hierro.Naturalmente, a todos les contaría sus aventuras y su encuentro con los auténticos don Quijote y Sancho. Y seguro que algún día al pasar por la casa de su librero, o tal vez éste mismo, conocedor de su afición a la lectura, se lo llevaría a su propia casa,encontraría el volumen de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, que sin duda se apresuraría a leer. "¿Será arriesgado pensar que, en llegando a las últimas páginas –se pregunta Ayala-, allí donde tiene que asistir a la muerte de aquel hombre estrafalario de quien un día, tiempo atrás, se había despedido con un abrazo al borde del camino, los ojos del caballero granadino se empañaron de lágrimas?"

El personaje, actor de la segunda parte apócrifa y de la segunda parte verdadera, termina así leyéndose a sí mismo, cerrando de este modo el círculo iniciado en el capítulo LIX del texto cervantino.

Su peculiaridad, frente a tantos otros entes de ficción en busca de su identidad, radica en la expresa negación de su existencia para autentificar la de otros personajes literarios.

También don Quijote y Sancho se van a ver obligados a negar, de alguna manera, su propia identidad mediante una transformación que no es otra cosa que una afirmación de su identidad, simbiosis de su realidad literaria. Es entonces, al final del texto, cuando se produce la "quijotización" de Sancho y la vuelta a la cordura, que no es sino una locura literaria, por parte de don Quijote (Paredes, 2015b, 173-189). Pero el proceso de simbiosis había comenzado desde el mismo inicio de la creación literaria:

BDD-A26613 © 2016 Editura Universităţii din Suceava
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-14 00:02:14 UTC)

> Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia suele decir que podría yo tomar un púlpito en las manos y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza a enhilar sentencias y a dar consejos, no sólo puede tomar púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas a ¿qué quieres boca? ¡Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabe! Yo pensaba en mi ánima que sólo podía saber aquello que tocaba a sus caballerías, pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada (II, 22, 810).

Es por eso Sancho el primero en renunciar al final a su propia identidad para adquirir la de su amo:

> Lo que yo sé decir es que si mi señor tomase mi consejo, ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros (II, 4, 659).

La pasión caballeresca ha convertido en una fuerza incontrolable, una auténtica posesión, de la que sólo puede liberarse con la muerte. Ese es el preciso momento en el que el héroe, tocado de locura, recupera su ser y repudia su vida anterior:

> Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de caballerías. Yo conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa leyendo otros que sean luz del alma […]. Dadme albricias, buenos señores, de que ya no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de "bueno". Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco me necedad y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya, por misericordia de Dios escarmentando en cabeza propia, las abomino (II, 74, 1217).

Don Quijote y Sancho representan la excepción en un mundo marcado por la norma. Son dos conciencias en oposición dialéctica. Pero a lo largo de la obra van creciendo en dimensión humana de tal manera que trascienden su primigenio significado hasta adquirir una dimensión mucho más amplia. Amadís, el mediador que guía sus pasos, es tan inalcanzable ahora para don Quijote como él mismo para Sancho, por la distancia social y cultural que los separa. Su renuncia al deseo metafísico es la que hace al héroe renegar de su mediador (Girard, 2010).

Esa es la razón por la que, cuando don Quijote, ahora Alonso Quijano el Bueno, abomina de Amadís y de la andante caballería, Sancho, en un vertiginoso contraste, aun persiste en su quijotismo e intenta convencer a su señor, con razonamientos propios de un caballero andante, de volver al espacio de la excepción, de donde no debía haber salido, porque la única locura es la muerte:

> No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido,

BDD-A26613 © 2016 Editura Universităţii din Suceava
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-14 00:02:14 UTC)

> écheme a mi la culpa, diciendo que por haber cinchado mal a Rocinante le derribaron; cuanto más que vuestra merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros y el que es vencido hoy ser vencedor mañana (II, 74, 1219-1220)

Lo que ocurre es que la renuncia de don Quijote viene inducida por una nueva mediación en la que es el propio don Quijote, convertido en la segunda parte en personaje literario, ocupa el lugar del mediador. La búsqueda de su identidad, como la de Sancho, no es una rebelión contra el autor, a quien tampoco Álvaro Tarfe –al contrario que otros entes de ficción- puede dirigirse porque desconoce su identidad, sino una rebelión contra ellos mismos, una simbiosis en la que van a encontrar su auténtica ealidad.

BIBLIOGRAFIA

Castell, Isabel, 1995. "Destinos de Álvaro Tarfe en la narrativa española reciente", en *Actas del II Congreso Interncional de la Asociación de Cervantistas*, ed. G. Grilli, Napoli, pp. 801-808.

Cervantes, Miguel de, 1998. *Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Instituto Cervantes, Crítica.

Girard, R., 2010. *Mensonge romantique et vérité romanesque*, Paris.

Lama, Miguel Ángel, 1993. "Una menudencia quijotextual", en *La Cervantiada*, pp. 163-164.

Lathrop, Thomas A., (1985). "Cervantes'Treatment of the False Quijote", en *Kentucky Romance Quarterly*, 32, pp. 213-217.

Paredes, J., 2007. "Como pella a las dueñastómeloquienpodiere. De cómo el Arcipreste de Hitadice que se ha de entender su libro", en *Congresointernacional Juan Ruiz, Arcipreste de Hita y el Libro de buenamor* , Alcalá La Real.

Paredes, J., 2015. "De cómo Don Quijote dejó de ser cuerdo, con otras razones dignas de ser consideradas cuando abominó de Amadís y de la andante caballería", en *Estudios de literatura medieval en la Península Ibérica*, Cilengua, pp. 173-189.

Paredes, J., 2015. "Literatura y vida en el Quijote. A propósito de dos imágenes de Berceo y el Arcipreste de Hita", en *Porque eres, a la par, uno y diverso. Estudios literarios y teatrales en homenaje al profesor Antonio Sánchez Trigueros*, Granada, Universidad, pp. 645-652.

Paredes, J., (2009). "Un caballero granadino: realidad y ficción en torno a un personaje cervantino", en *Il Confronto Letterario*, 25, pp. 343-351.

Rojas, Carlos, 1990. "Fragmento de las memorias inéditas de don Álvaro Tarfe", en *El jardín de Atocha*, Debate, Barcelona.

Segre, C., 1974. *Le strutture e il tempo*, Torino, Einaudi.

Suárez, Fernández, 1953. *Los mitos del Quijote*, Aguilar, Madrid.

Wilhelmsen, Elizabeth, (1980). "Don Álvaro Tarfe: ¿Ente fantasmal o hecho de ficción", en *Anales Cervantinos*, XXVIII, pp. 73-85.

BDD-A26613 © 2016 Editura Universităţii din Suceava
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.217.34 (2026-11-14 00:02:14 UTC)